

Llamada en lo ordinario. Mc 1, 16-19. Jesús vio a Simón y Andrés, el hermano de Simón, que echaban las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres. Al instante, dejando las redes, le siguieron: “¿En qué situación llama Jesús? El evangelista precisa, en su puesto de trabajo: “Los vio mientras echaban las redes en el mar, pues eran pescadores” (1, 16) Están junto al lago, es su profesión. Por lo tanto, no solo se habla de su profesión, sino de su trabajo de cada día. ¿Qué quiere decir Marcos? Que Jesús llama a la gente a seguirle, allí donde está, en su propia situación concreta. Jesús va a uno y a otro y les llama. ¿Cómo llama Jesús? Se subraya el aspecto personal: a través de un coloquio familiar. Ve a Simón y Andrés, se acerca a ellos familiarmente, les habla y les llama. Jesús se acerca a cada hombre y le hace escuchar esa palabra de esperanza y confianza que es la llamada a seguirle. ¿A qué llama Jesús? Llama a que vayan detrás de él, a que anden su camino y por lo tanto pide sobre todo una inmensa confianza (...) El catecúmeno ha visto algo de Jesús, de su iglesia, ha sentido un atractivo y debe decidirse a comprometerse, si no, no podrá llegar a andar el camino. Confianza total, donación completa a la persona de Jesús y no a una causa. Porque Jesús no dice “Ven a hacer tal cosa o tal otra”, sino ten confianza en mi persona”(CARDENAL MARTINI).

Sed de Dios. Jn 1, 38. Maestro, ¿dónde moras?: “Cuando Jesús les pregunta: “¿Qué buscáis?”, contestaron también ellos con una pregunta: “Rabbi, ¿dónde moras?”. La pregunta es el fruto de *una búsqueda*. El hombre busca a Dios. El hombre comprende en el fondo de sí mismo que esta búsqueda es la ley interior de su existencia. El ser humano busca su camino en el mundo visible; y, a través del mundo visible, busca el invisible a lo largo de su itinerario espiritual. Cada uno de nosotros tiene su historia personal y lleva en sí mismo el deseo de ver a Dios, un deseo que se experimenta al mismo tiempo que se descubre el mundo creado. Este mundo es maravilloso y rico, despliega ante la humanidad sus maravillosas riquezas, seduce, atrae la razón tanto como la voluntad. Pero, a fin de cuentas, no colma el espíritu. El hombre se da cuenta de que este mundo, en la diversidad de sus riquezas, es superficial y precario; en un cierto sentido, está abocado a la muerte. En la orilla del Jordán, y más tarde aún, los discípulos no sabían quién era verdaderamente Jesús. Hará falta mucho tiempo para comprender el misterio del Hijo de Dios. También nosotros llevamos muy dentro el deseo de conocer aquel que revela el rostro de Dios. Cristo responde a la pregunta de sus discípulos con su entera misión mesiánica” (SAN JUAN PABLO II).

Quédate con Jesús. Jn1,39. Él les dijo: Venid y veréis. Vieron donde vivía y se quedaron con Él: “La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios, experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión con Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión. Nosotros nos habíamos hechos indignos de orar, pero Dios por su bondad, nos ha permitido hablar con Él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada. Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del Cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol” (SAN JUAN MARÍA VIANNEY).

La Alegría de evangelizar: Jn 1, 40-43. Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir el Cristo, y lo condujo a Jesús: “Andrés anhelaba la llegada del Mesías. Andrés, tras haber conversado con Jesús y aprendido su doctrina, no la reservó celosamente para sí como un tesoro, sino que acudió corriendo a casa de su hermano para hacerle partícipe de los bienes que había recibido. ¿Por qué el bienaventurado Juan no divulgó lo que les dijo Cristo? ¿Cuál fue la razón por la que permanecieron junto a Él?... Notad lo que dice el discípulo a su hermano: “Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir el Cristo”. ¿No veis cómo con esa sola frase reveló todo lo que había aprendido en tan breve tiempo? Manifiesta el poder de la palabra del maestro que les había convencido de eso y el intenso deseo y el celo que desde hacía mucho tiempo animaba a los discípulos. Esa frase es expresión de un alma que ardientemente deseaba la venida del Mesías y que exulta y se llena de alegría cuando ve la esperanza convertida en realidad y se apresura a anunciar a sus hermanos tan feliz noticia. Era, además, un gesto de amor fraterno, de profunda amistad, de generosidad desinteresada éste de comunicarse entre los parientes los tesoros espirituales” (SAN JUAN CRISÓSTOMO).

Reconocernos ignorantes. Jn 6,8-9. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, dijo a Jesús: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados; pero ¿qué es esto para tanta gente?: “He aquí el punto de partida para el camino catecumenal. Es una actitud que deberíamos suscitar en nosotros cada vez que nos ponemos frente al misterio de Dios. Deberíamos decir: “Qué poco conocemos del misterio de Dios”. Porque sólo con esa actitud podemos ponernos en atentísima y humilde escucha, preparados a percibir lo que Dios quiere comunicarnos. (...) deberíamos, en el seguimiento a Jesús empezar por la constatación de un estadio de cierta ignorancia e incompreensión teórica y práctica del misterio de Dios (...) Mientras por un lado esta situación de ignorancia, de inadecuación del discípulo, le impide entender el misterio del reino, por otro, el reconocerlo humildemente le permite escuchar la palabra del médico Jesús. El mal tiene, por lo tanto, remedio. Reconocerse necesitado es ya un paso hacia la Palabra” (CARDENAL MARTINI).

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. A veces nos gustaría ser llamados por el Señor para grandes hazañas, y no nos damos cuenta de que en lo ordinario, en lo pequeño, en el día a día nos jugamos la batalla. ¿Le das valor a la santidad de lo pequeño? **2.** No somos nosotros los que decidimos cómo seguir al Señor, sino que Él nos va mostrando como quiere que le sigamos. ¿Te dejas modelar por el Espíritu, siendo dócil a sus insinuaciones o decides tú lo que es conveniente para seguirle, sin escucharle?

3. ¿Te has parado a pensar que el deseo de plenitud que tienes, de felicidad, de inmortalidad, no es otra cosa que un deseo profundo de Dios? ¿Busca la felicidad en las cosas terrenas sin ser consciente de que sólo Él puede saciar ese deseo infinito que experimenta tu corazón?

4. Andrés y Juan se quedaron con Él, ¿Cuántas veces te quedas tu con Él, acompañándole, amándole, descansando en Él? ¿Eres consciente de que el mayor regalo que nos hace Dios es que podamos conocerle en la oración, es poder pasar tiempo con Él, es estar en comunión con Él?

5. Dicen que de la abundancia del corazón, habla la lengua. ¿Corres donde está tu hermano para hacerle partícipe de tu alegría, la Alegría del evangelio? ¿Acaso callas ante esta realidad tan grande que nos supera? ¿Compartes el tesoro que llevas en tu corazón o te lo guardas para ti, excusándote que lo haces por respetos humanos?

6. ¿Cuándo tienes dudas de fe o falta de conocimiento ante el misterio de Dios, qué actitud tienes? ¿Crees que lo sabes todo y que poco te pueden enseñar los demás? ¿Esperas con humildad la respuesta, sabiendo que tus tiempos no son los de Dios? ¿Le pides al Señor más fe? ¿Te empeñas en racionalizar todo, poniendo a la “diosa razón” en el centro, sin dejar lugar al misterio y a la gracia de Dios?